

# El Rey\*

*Juan Diego Espitia*

---

Murió el Rey. El sábado de este 2005 del tiempo. Murió el día sagrado de los hebreos. Aquellos pioneros fundamentales de su imperio. Que inventaron en el mundo o humo de los sueños el eje pos-terreno de la unidad. Dios solo. Único. Eterno. Y entonces, la supervivencia de un quimérico reino a su cabeza. Condensado más de los sueños antropocentristas que de la naturaleza, y cuyo prevalecer iría tanto y todo más allá del tiempo o los tiempos en la anhelada eternidad imaginada. El universo entero se plegaba, aun en las distancias remotas de su desaparición a un omnipotente, todopoderoso, rey de reyes, medida y evolución humana total, hasta de su aquí pequeño representante: él, el que fue Rey, y murió; que instalaron su vestigio corporal en un salón interior, lleno de eco y gravedad, donde su corte lo honra, calla, medita, desplaza ora, depone compone sueña y conspira.

Mientras, todos sus vasallos por el mundo, marcan la fecha como referencia de sus vidas. Mil doscientos millones entre herederos de la tradición, adeptos apasionados, y distraídos incluidos del orden de amores, valores, odios, horrores, íconos y plegarias que salmodia el imperio; más tantos y tantos desenfadados millones y millones, hijos escindidos de la pretendida unidad, y remotos parientes que sienten la de vendavales, presencias, e intervenciones universales que el Rey urdió, como igual también suscritos al mismo orden de ambages en amores valores odios extravíos pecados e ignominias que ha planteado tácito o explícito su mismo imperio.

Todos los hombres que son ahora, atravesados en su centro, o rasgados de soslayo por su presencia indudable, son, o por eco de sus empecinadas sonoridades o por solo fuerza de la historia, si no vasallos, al menos tributarios en sus vidas del imperio que el rey dejó.

El Rey murió. Angustiado... atormentado... revuelta su capa y rostro involuntario... enamorado hasta el delirio humano, o entorpecidamente suficiente y excedido a la historia, que no modifica un destino tan ineluctable ni siquiera por exhortaciones solemnes en la Plaza de San Pedro y va inexorable al cumplimiento profetizado de la aniquilación del reino mismo desde cuyo trono retorció su cuerpo su amor y su fe soñando, soñando, como todos los hombres, el Rey.

El orden y estructura temblaron. Los líderes flemáticos y sus comunicados. Los medios oraculares y sus campanas más que las iglesias, 'bastante' es decir; siendo medios, canal además para panegíricos obvios elegías y ditirambos por una consternación si tan sincera tal vez, igual contagiosa más bien. El pueblo entero sin saber bien hizo multitud alrededor de las imágenes que mostraban multitud, y absorbió el eco del duelo por un hombre que se veía bueno y todo el mundo dijo y decía que era bueno. Pero que además era Rey. Su Rey.

Ni los más liberales en algún pretendido nihilismo semi-inconsciente sospecharon cuanto vasallos o tributarios de Su Majestad fueron; ni qué suerte de ostensible poder atento; atento a su cetro o báculo crístico, a su anillo real, a la mitra o corona que le ungía la cabeza, o a la condescendencia de los paces de su purpúrea capa romana ondeando entre los niños, detentaba, el Rey. Que reinaba sobre vastos imperios y multitudes escindidas a hombres solos cuya conciencia por efectos reflejo o directamente, estaba bajo su jurisdicción; allí en la exacta retícula quebradiza de valores del milenio al borde de sí mismos por desgaste indebido desde hace 2000 años.

Se llevan eras enteras a milenios los procesos extraños, o la historia es muy muy joven, o juntos ítems, porque, es a todas luces visibles que, tan fanfarrones como hombres somos siempre y ahora tanto entre intercomunicados cuyos dispositivos casi líquidos nos alucinan de verdad el futuro, entre desenfado y relativismo en todo ligero, entre nanotecnología y androgenismo, entre el fárrago de pastiches y esfuerzos que disputan el carácter de la época, es a todas luces visibles, que somos ciudadanos de medioevo. El que nunca dejó de ser.

Así, vivimos entonces en una universal comarca perfectamente comprensible, regentada por la deidad única y una siempre por encima de nuestras cabezas como quiera ser abstracta energética o Yahvé y bien asegurada al tobillo para poner a nuestra discreción el universo incluso más allá de nosotros y de la misma universal comarca, como lo ha ordenado la escritura o la inminente ventaja en que un día nos colocó la selección como dominantes y amos. Un distrito redondo gira alrededor de un sol nuestro por entre los hilos que instalaría en obvia creación, por ser creación, aquella primera unidad, revistiendo todo de los comprensibles ciclos y fenómenos que suponemos sin duda comprender, pero aun comprender en un sinfónico misterio, apenas develado para alguien quizá con fugaces chisporroteos de ciencia feliz, cuyos indicios oscuros a veces y contra todo sentido común en principios e incertidumbres, son eso, un sinfónico misterio, o mito.

Todavía. Nos aprendemos viscerales por violencias y totalitarismos de la cultura la qué de supervivencias, ordenes, burocracias, dinámicas, subterfugios y crímenes para sobrevivir; y el imperio de sede pesada y columnas en la tierra doblemente nos cobija, consuela y exhorta en ello: no solo consiente y avala todo el trámite y tráfico preocupante de los días y los años de lluvia ácida, también ha sido y es el vocero directo y representado del omnipotente, estableciendo entonces con legítimo derecho el orden fundamental de dudas y jerarquías, exclusiones y disoluciones espíritu-corporales, cristianos enrarecimientos de la justicia y tantas más sospechas como apenas animales somos ascendiendo la cuesta de dominaciones y sumisiones de manada que tan bien hace extensivo el imperio a todo nuestro pequeño distrito redondo y feudal. Fundado todo imperio sobre sus promesas para seguirlo siendo, de este las suyas a granel bañan de consuelo al reino con una alguna redención del orden abrupto de la vida del hombre; y para que no queden dudas, la vida eterna.

Todo y un príncipe hebreo oscuro y triste que anatematizado por la más lisonjera y melíflua difamación se acuclillaría en un rincón del edén erosionado a morder su distancia. Inquietante redención que convoca al universo entero y todos sus pueblos y todas sus razas en un llamado católico apostólico y romano, sobre todo romano, totalitario, absoluto, global, donde la deserción será sedición para la que desde antes de ser el hombre, se construyeron los cuarteles y sus tan modernos sótanos y potros o el infierno a la derecha de las naciones explícita o implícitamente adheridas a su poder.

He ahí entonces, que cuando las mujeres mayores en casa, los hombres obreros en bodegas, los jóvenes y las jóvenes inermes y lelos, los poderosos favorecidos por este imperio proclamado, los miserables desposeídos por él también, todos, todos, se enteraron del estelar deceso por fin, rodearon el mismo oráculo cromático que les había revelado el insuceso y consternados y obedientes siguieron los pasos litúrgicos de duelo y relevancia que ordenaron los velos en tecnicolor del oráculo ministrado por las lúcidas cortes de los medios que proclamaron edictos y ritos pertinentes desde la corona. La tarde algo lluviosa, encontró los sucesos fáciles y coloquiales de la gente como de recordación, tibia y tenue del sábado de paz o transición en la ciudad en que hacían o reposaban inocentes desde su pequeño espacio en el mundo y moría un Rey. Que marcó, Rey, por lo menos un tercio de sus vidas, la mitad, toda... Vidas que las esferas distantes de arriba desde Dios en descendencia ordenada, tamizaban, ductilizaban, troquelaban con los inaccesibles acontecimientos que daban miedo, y miedo dan, del que no se explica pero la gente sabe muy bien intuir. Pero aquella tarde, la paz por ahora.

El Rey moría, sonoro y aparatoso en su fastuoso palacio al otoño invernal de un imperio, y la vida seguía el sábado de este 2005 del tiempo. Por ahora.

# Notas

---

*\*A propósito del deceso del jerarca de la iglesia católica Juan Pablo Segundo. Juan Diego Espitia, estudiante de Educación Artística en la Universidad Minuto de Dios.*